
CONVIVENCIA, DESAFÍOS COTIDIANOS Y TENSIONES MORALES EN TORNO A LOS MERCADOS INFORMALES PARISINOS. UNA APORTACIÓN ETNOGRÁFICA

Virginie Milliot

Université Paris Nanterre
virginie.milliot@free.fr

Recibido: 8 de julio de 2022; Revisado: 7 de septiembre de 2022; Aceptado: 2 de noviembre de 2022

Convivencia, desafíos cotidianos y tensiones morales en torno a los mercados informales parisinos. Una aportación etnográfica (Resumen)

Este artículo analiza las tensiones entre los habitantes de barrios populares y personas vulnerables que transforman la calle en espacio de actividad y sociabilidad, en el marco del cosmopolitismo popular de los mercados informales parisinos de objetos de recuperación. Estos mercados producen sentimientos encontrados de incompreensión e impotencia, de exasperación y rabia, así como una indignación que impulsa reacciones y compromisos contrapuestos o ambivalentes. La cuestión de la ampliación potencial de la comunidad a los "extraños" –en el sentido de Simmel– se plantea de manera cotidiana. Así, siguiendo a Isaac Joseph, podemos considerar que la ciudad es un laboratorio de democracia, no como ideal político, sino como modo de vida, desafíos cotidianos y tensiones morales.

Palabras clave: convivencia; indignación; desafíos morales; política de la calle; inmigrantes.

Living together, daily trials and moral tensions around informal Parisian markets. An ethnographic contribution (Abstract)

This paper analyzes the tensions between the inhabitants of popular neighborhoods and vulnerable people who transform the street into a space of activity and sociability, within the framework of the popular cosmopolitanism of the informal Parisian markets of recovery objects. These markets produce mixed feelings of incomprehension and helplessness, exasperation and anger, as well as indignation that can give rise to contrasting commitments, ambivalent reactions and implications. The question of the potential enlargement of the community to "foreigners" – in Simmel's sense – is raised on a daily basis. Thus, following Isaac Joseph, we can consider that the city is a laboratory of democracy, not as a political ideal, but as a way of life, daily trials and moral tensions.

Keywords: cohabitation; indignation; moral trials; street politics; immigrants

La convivencia urbana no remite simplemente al hecho de habitar en un mismo barrio, sino a vivir en un mismo espacio. Necesitamos aprender a convivir no sólo con nuestros vecinos, sino también con quienes frecuentan de manera habitual nuestro barrio para realizar diversas actividades y con sus costumbres, aunque no residan en él. En las grandes metrópolis como París – más en concreto en los barrios del nordeste de la capital—los habitantes deben adaptarse a un entorno relativamente inestable, debido a los cambios producidos en los comercios – que reflejan y van unidos muy a menudo a los experimentados por la población del barrio—, pero también a los “efectos mariposa” de los que se hacen eco las ciudades. En efecto, en ellas se perciben directamente las grandes conmociones del mundo y los acontecimientos internacionales se captan rápidamente a escala humana. Es enfrente de casa donde nos cruzamos con los chinos del norte que intentan escapar a una espiral de desclasamiento, los tunecinos que asumieron el riesgo del exilio tras la revolución, los sirios que huyen de la guerra o los romá en busca de asilo. Por lo tanto, también debemos aprender a convivir con estos náufragos que buscan refugio en los huecos que ofrece la ciudad.

En este artículo me propongo reflexionar sobre esta convivencia que se da a la vuelta de la esquina y el efecto que produce en los habitantes de la ciudad esta presencia enfrente de casa de personas en situación de gran vulnerabilidad. Para ello me apoyaré en una investigación etnográfica realizada entre 2009 y 2014 en los mercados informales de recuperación del Nordeste de París. Este tipo de mercados ha existido siempre en los lindes de la capital –cerca del “mercado de las pulgas” de Saint Ouen—, en Belleville y Barbès. Desde los años 1970-80, hombres originarios sobre todo de África del Norte y África subsahariana reproducen en ellos una especie de “cultura del bazar” (Geertz 2003) con su sociabilidad y su arte para apañárselas y regatear. Los habitantes toleraban bien estos mercadillos cuando se limitaban a un espacio y un tiempo determinados. Pero a partir de 2009 comenzaron a expandirse y multiplicarse. Los habitantes del barrio de la Porte Montmartre, de Belleville y de Barbès han visto cómo hombres y mujeres de diversos orígenes, tunecinos, chechenos, chinos, pakistaníes, romá, ocupaban las aceras de su barrio para improvisar, al margen de toda regulación institucional, un mercadillo de ocasión. Este comercio callejero constituye una economía de supervivencia para personas cuya situación varía entre la indigencia más extrema y una gran precariedad. Algunos no tienen techo y otros deben contar cada euro que gastan para poder alimentarse y pagar el alquiler. La mayoría es de origen extranjero. Algunos se instalaron en Francia hace varias décadas y otros acaban de llegar. Algunos están insertos en los sistemas de ayuda pública como desempleados, jubilados o discapacitados. Otros son sin-papeles. Con el objetivo de generar conocimiento capaz de dar cuenta de la pluralidad de puntos de vista, llevé a cabo una “descripción densa” (Geertz, 1998) de estos mercadillos, interesándome a la vez por las formas de sociabilidad y el tipo de espacio público que se inventa y se negocia en estas plazas de mercado improvisadas (Milliot 2016a, 2019), las

movilizaciones de los habitantes y de los *biffins*¹ (Milliot 2013, 2017) y los intentos de regulación institucional de este comercio callejero (Milliot 2016b).

Aquí quiero profundizar en el análisis de las reacciones de los habitantes ante estos mercados informales desde una perspectiva teórica inspirada en el pragmatismo. Para ello, parto de un corpus diverso de datos que incluye transcripciones de observaciones y charlas informales realizadas en y en torno a estos mercados, entrevistas concertadas con habitantes, actores institucionales, vendedores y activistas, transcripciones de reuniones, debates públicos, consejos de barrio, así como un conjunto de documentos (actas de consejos de barrio, reuniones de vecinos, blogs de habitantes, etc.). Se trata de describir sobre el terreno cómo afectan estas instalaciones precarias a los vecinos. ¿Cómo reaccionaron ante la apropiación de su espacio de vida por parte de estos mercados? ¿Cómo han vivido esta proximidad repentina a la miseria? Veremos cómo la visión de estos hombres y estas mujeres, que venden en el suelo objetos dispares tirados por otros, no deja de suscitar malestar. Me propongo analizar las distintas valoraciones² morales que las emociones, entendidas como “sondas de nuestros apegos y nuestros valores” (Quéré 2015, 4 y 51), transmiten primero in situ. Analizaré, después, el ejercicio de evaluación de las descripciones que los habitantes comparten en diferentes lugares, desde la vecindad al consejo de barrio, y la lógica de las categorizaciones que permiten transformar este fenómeno en “problema público”. Esta confrontación con la vulnerabilidad y la indigencia de otros seres humanos constituye para los habitantes de la ciudad una “prueba” (Dewey 2011) y este artículo realiza un seguimiento de la conmoción que produjo en la calle. Veremos que el fenómeno que supone la eclosión de estos mercados puede producir sentimientos encontrados de incompreensión e impotencia, de exasperación y rabia. El choque producido por esta irrupción también puede incitar al vecindario a entrar en una dinámica de investigación “profana”, de resultados inciertos, al observar y cuestionar estas situaciones nuevas. Veremos cómo la indignación puede impulsar compromisos contrapuestos y analizaremos sus resortes. Por último, mostraré la ambivalencia de estas reacciones y compromisos diferentes, y propondré una reflexión acerca de estas tensiones.

Frente al problema: estupor y rechazo

Diario de campo, 18 de julio de 2009. Barrio de la Porte Montmartre.

Hay vendedores informales instalados en la acera este de la Avenida de la Porte Montmartre, desde el puente del bulevar periférico hasta la calle Binet. El jardín y la plaza Marcel Sembat, donde tienen costumbre de reunirse los habitantes de este barrio de vivienda social, se han transformado

1 Antiguo término de argot que significa “trapero”. [En adelante, se mantendrá el término francés *biffins* para respetar la especificidad que tiene en el contexto francés. N. de T.]

2 En el sentido de Dewey (2011), la valoración es una apreciación inmediata de carácter afectivo, mientras que la evaluación es un juicio sobre los objetos discutidos e instituidos.

totalmente en un mercado. Hoy hay más de mil vendedores. Sobre sábanas colocadas en el suelo, se transforman en mercancías objetos heteróclitos que parecen haber sido sacados de la basura: ropa ajada, libros de ocasión, calzado usado, antiguas baratijas, herramientas, etc. La multitud de clientes es densa y hay que abrirse paso entre los cuerpos reunidos en torno a los puestos improvisados. Un joven argelino se acerca a mí mientras descanso en un banco. Le desespera encontrar tanta miseria al final de su viaje: “¡No he hecho todo este camino para esto! Mira, parece que estuviéramos en Bled³, ¡Nada que ver con Europa! ¡Nada que ver con París!”. Observamos a una familia de romá desembalar un montón de ropa usada y acaba por levantarse diciendo que quiere alejarse de esta miseria. Subo por la avenida hasta los primeros edificios del barrio. Una anciana mira de lejos el mercado con estupefacción. Cuando me acerco, me interpela con la mirada y me dice: “Toda esta miseria, ¿no es una desgracia? ¿Ha visto lo que venden?, pero ¿qué le vamos a hacer?”. Me cuenta que vive aquí desde hace treinta años. Jamás ha puesto un pie en un consejo de barrio, ni ha participado en asociaciones vecinales, pero conoce bien a sus vecinos. Está impresionada e indignada por la pobreza de estos hombres y estas mujeres que intentan transformar desechos en mercancías. Continúo mi camino hasta el café literario asociativo “Le Petit Ney” para recoger su pequeño periódico del mes de mayo. Un texto escrito por Philippe –uno de los miembros de la asociación—refleja el estado de tensión del barrio: “¿Podemos seguir hablando de mercado de *biffins*? Mercado de la pobreza, sí, seguro. Ahí, a la entrada del mercado de las Pulgas, estamos lejos de aquel primer mercado al aire libre de la Antigüedad, para unos (los vendedores) se trata de una exhibición de la miseria, para otros (los vecinos), se trata de una vergüenza, una molestia que provoca desasosiego, rabia e incompreensión entre la población. En el fondo, todo el mundo tiene miedo de encontrarse un día en esta situación, un espejo terrible”.

Los habitantes de este rincón de la ciudad, clasificado como Zona Urbana Sensible, se enfrentan a ocupaciones del espacio que constituyen una “situación problemática” (Dewey 1993) en tanto que transforman radicalmente el lugar donde transcurre su cotidianidad y el ambiente de su barrio. El problema experimentado corresponde, en primer lugar, a lo que Brévigliéri y Trom (2003, 400) calificaron como “puesta a prueba de la proximidad urbana”. Al principio los residentes de este barrio popular reaccionaron sobre todo mostrando un sentimiento de estupor. La aparición de esta economía de la miseria representa un “choque” que no siempre ha producido reflexividad, sino que constituye para muchos un hecho difícil de “soportar” (Stavo-Debaugé 2012). La anciana a la que conocí en las inmediaciones del mercado informal expresaba un sentimiento de indignación e impotencia compartido en gran medida por los habitantes de la ciudad que se enfrentan en el espacio de su vida cotidiana a la indigencia de otros seres humanos. El “animal limitado de las ciudades” ha aprendido a vivir en un entorno complejo, desarrollando capacidades para confiar de manera relativa y provisional en un otro indiferenciado, y a dejar en suspenso tanto su atención como su juicio frente al espectáculo de la multitud de sus semejantes (Joseph 2002). Pero la irrupción de la vida descarnada de los exiliados en sus experiencias cotidianas puede hacer vacilar el equilibrio inestable de estas adaptaciones. No ver exige un esfuerzo de evitación, no hacer nada constituye una prueba moral. El siguiente testimonio colgado en un blog por una

³ Expresión de difícil traducción que se usa coloquialmente para referirse a inmigrantes que viven como lo harían en su tierra de origen sin integrarse realmente en el lugar de acogida (Nota de traducción).

vecina del barrio de Barbès ilustra la dificultad que tienen los habitantes de estos barrios para convivir con seres humanos que sufren una situación muy precaria.

“¿Los migrantes? Un asunto que nos preocupa a todos, que está ahí, en nuestro terreno, y con respecto al cual, por mi parte, no sé qué hacer. La mejor estrategia que he encontrado hasta ahora es la evitación. Me mantengo a distancia para no verme sobrepasada. Cuando pienso en ello, siento impotencia y culpabilidad. Y eso hace que me sienta aún peor porque le doy vueltas a mi propio desasosiego mental mientras estos migrantes, que están muy vivos y son muy reales, se encuentran ahí fuera, desvalidos, y debiendo hacer frente a necesidades vitales: comer, dormir, sobrevivir”⁴.

Enfrentarse a esta humanidad vulnerable es un hecho al que es difícil dotar de significado, un choque difícil de superar. Los habitantes expresan su malestar sin conseguir aclarar el sentido de lo que está sucediendo. Sienten a la vez indignación y estupor: “[...] la indignación es, sobre todo, ese sentimiento de retroceso ante un hecho o una situación que nos deja atónitos” (Stavo-Debaugue 2012, 206). Los sentimientos de impotencia y culpabilidad que expresan estos vecinos muestran un ejercicio de interiorización de las tensiones: la onda del choque emocional se convierte en valoración de uno mismo y sus actos. Un habitante de Barbès, universitario jubilado, me relataba en 2012 escenas del barrio que cada vez soportaba peor y concluía: “vivir en este barrio, es experimentar un desclasamiento moral”. Esta expresión merece que nos detengamos. Si bien el desclasamiento suele entenderse como una pérdida de posición social, aquí remite a una pérdida de valores. Saber pasar de largo, apartar la mirada, respetar el derecho a la indiferencia de cada uno forman parte de las disposiciones necesarias para vivir en una gran metrópoli, pero en una ciudad como París, donde la pobreza es extremadamente visible, esto no se consigue sin coste moral. La indignación sin acción es fuente de tensiones internas y produce a largo plazo un sentimiento de pérdida de uno mismo. Puesto que aquello a lo que atribuimos valor no es sino aquello que apreciamos, que es también aquello “en lo que” nos apoyamos (Dewey 2011).

Además de quienes se quedan atónitos, o después de haberlo estado, hay vecinos que reaccionan con exasperación y rabia. Mientras ocupaban espacios liminales en los márgenes del mercado de las pulgas de Saint-Ouen, espacios limitados y acotados en Barbès o Belleville, estos mercadillos se toleraban. Pero su expansión en el corazón mismo de los barrios ha suscitado reacciones acaloradas por parte de los vecinos en Bagnolet, Montreuil, Porte Montmartre, Belleville y Barbès. En la Porte Montmartre, un residente, que no podía soportar más la imposibilidad de circular por la acera a los pies de su casa, hirió de gravedad a un vendedor; unos adolescentes atacaron con bombas lacrimógenas a vendedores para echarlos de su barrio en Bagnolet en junio de 2010; entorno a la plaza de La Chapelle en 2014 –donde se habían refugiado los vendedores después de ser expulsados de Barbès—los insultos brotaban a diario por parte de todos los bandos. Así fue como reaccionaron los vecinos ante una situación que sentían como intolerable, por

⁴ <http://38ruepolonceau.canalblog.com>. 5 juillet 2016.

medio de algo que remite más a un problema afectivo que emocional, desde el punto de vista de la temporalidad y las motivaciones para la acción (véase esta distinción en Quéré 2015). La rabia aparece en el modo en que se produce la descarga, sin que se comparta ni elabore colectivamente. La violencia de estas reacciones puede entenderse en relación a la profundidad antropológica que comporta la relación de habitar. El barrio es el espacio de la cotidianidad donde se negocia el mantenimiento de sí mismo, en una tensión entre interior y exterior, proximidad y distancia (Brévigliéri 2002). Tanto es así que la expansión de estos mercados informales se vive como invasión y desposesión del propio espacio de vida, una forma de sobrepasar umbrales existenciales.

La construcción de descripciones comunes de lo que sucede

No fue hasta después, tras el estupor y la rabia, que los vecinos comenzaron a compartir sus sentimientos, a buscar palabras con las que expresar lo insoportable de la situación. Es junto al espacio conquistado por estos puestos precarios, en las escaleras, delante de los colegios o en el café, donde los habitantes conversan y transforman su indignación en una emoción compartida. Construyen descripciones comunes que les permiten convertir sus emociones en valores compartidos sintiendo que son miembros de un colectivo de habitantes. Se puede decir, siguiendo a Louis Quéré (2015) que en este relato se da un “trabajo de las emociones”.

Lo que comparten ante todo es el miedo, que se traduce en un discurso de denuncia de la suciedad. Durante la epidemia de gripe aviar, los habitantes de Porte Montmartre exigieron al alcalde que desinfectara el Paseo Binet porque “los chinos escupen” y tenían miedo al contagio. Mary Douglas (2001) mostró que la suciedad puede definirse como aquello que no está en su lugar. No hay duda de que esta actividad comercial crea desorden con la reventa de lo que ya ha sido tratado como desecho y la transformación de la calle en espacio de sociabilidad y de actividades económicas por parte de los no-residentes. Pero estos mercados alimentan un miedo al contagio que no puede entenderse como simple reacción al desorden. La suciedad puede definirse como aquello que altera el orden de la sociedad y que la amenaza con caer en sus márgenes, afirma Mary Douglas. El desecho que se tira contribuye a delimitar la frontera entre el espacio privado y el espacio público, afirmaba Michèle Jolé (1991). Pero los microbios transgreden los umbrales y los habitantes se sienten amenazados en su integridad. Lo que hace que la ocupación de su espacio de vida por parte de estos mercados de la pobreza les resulte insoportable es que despierta el miedo a pasar de poco a nada. Por lo tanto, estos discursos reflejan un sentimiento profundo de vulnerabilidad social –el miedo a ser contagiado por la miseria, el temor al “desclasamiento”. Una habitante de la Porte Montmartre me explicaba en agosto de 2009:

“No podemos más, ¿ha visto el estado del barrio? Está sucio y estamos acorralados. Yo tenía costumbre de caminar por el paseo todos los días, me reunía con X en el banco de allí, al otro lado. Ya no se puede ni pasar. Seguro que entre ellos hay gente necesitada. En mi juventud no me

parecían mal los mercados de pulgas y conozco bien a los *biffins*, los de verdad. Pero mire a estos romá, no es lo mismo. Los chinos, ¡estos vienen del distrito 13 a vender su mierda aquí! Yo siempre he pagado mi alquiler, he trabajado toda mi vida y cuando ves todo este trapicheo, es cierto, como le decía M., que nos pone malos”.

Los habitantes comentan entre ellos las dificultades para circular por su barrio, para salir de casa con un carrito de bebé, la imposibilidad de sentarse en un banco, de disfrutar de la plaza donde “esos hacen sus necesidades”. Describen el estado de suciedad de las calles cuando finalizan estos mercados “salvajes”⁵, comparten su exasperación, pero también el miedo frente a esta suciedad no regulada.

En el transcurso de estas conversaciones vecinales se afianzan categorías descriptivas, que en su mayoría se retomarán en los debates políticos, como veremos en el siguiente epígrafe. Pero resulta interesante señalar que algunas no ascenderán al nivel de lo general. Hay categorías “étnicas” que permiten a los habitantes focalizar sus emociones negativas en poblaciones consideradas como responsables de la situación. En los cafés o en la calle, era frecuente escuchar a los y las habitantes, independientemente de su origen, quejarse de los “romá” y los “chinos” que invadían el barrio. De este modo, reafirmaban la legitimidad de su pertenencia común al barrio mediante la fijación de estereotipos étnicos burdos.

De lo personal a lo general: la construcción del problema público

En el transcurso de las conversaciones, acaba por consolidarse una descripción compartida de la situación. Colectivos de afectados, constituidos como tales ante el fenómeno, comienzan a organizarse para dirigirse a los poderes públicos.

En Porte Montmartre, los habitantes ocuparon físicamente el Paseo Binet durante el verano de 2009 para impedir que los vendedores se instalasen allí; el 10 de mayo de 2010 los habitantes y los vendedores oficiales del mercadillo de las pulgas de Montreuil organizaron una manifestación para pedir a los concejales que actuaran contra la expansión del “mercado de la miseria”. En Belleville, los habitantes se reunieron para intentar comprender la situación. Observaron la actividad del mercadillo que se extendía entre las estaciones de metro de Couronnes y Belleville. La asociación “Belleville-Couronnes Limpia”, que fundaron en septiembre de 2009, tenía por objetivo luchar contra la insalubridad del barrio “especialmente vinculada a la presencia del mercado ilegal”. Su movilización para conseguir el “cese inmediato de esta actividad ilegal” venía motivada por la observación de escenas que reforzaban su idea de que este fenómeno no tenía nada que ver con los mercados de *biffins* que siempre hubo en el barrio, sino que se habían convertido en espacios de violencia y explotación de los más débiles. Colgaban

⁵ En francés, el adjetivo “sauvage” (salvaje) se usa también para referirse a actividades que se hacen de manera informal o irregular, mantenemos la traducción literal por la connotación que tiene de opuesto a lo doméstico, controlado (Nota de traducción).

en Internet fotos y descripciones de estos mercados, repartían octavillas, hacían peticiones, enviaban correos electrónicos y cartas a los concejales del barrio, al Ayuntamiento de París y al Gobierno. Exigían a las autoridades “la puesta en marcha de todas aquellas acciones que permitieran que el barrio recuperase la tranquilidad, la salubridad y la accesibilidad, restituyendo así a los vecinos, comerciantes y habitantes del barrio sus derechos elementales de ciudadanos” (presidente de la asociación, 2009)⁶.

Para poder dirigirse a los poderes públicos, los diferentes colectivos vecinales van a redefinir la situación en términos de problema público. Puede observarse todo un ejercicio de conversión del problema en “indignación orientada hacia las gramáticas del bien común” (Brévigliéri y Trom 2003: 408). Esta elevación a asunto de interés general se sustentará en una labor de categorización. De este modo, la elección de las categorías “mercado salvaje” o “ilegal” y “vendedor callejero” permite que los habitantes definan el problema de estos mercados en términos legales. Hacer hincapié en la actividad de reventa de objetos robados y el relato repetido de las escenas de trapecho observadas contribuyen a situar lo intolerable en la ilegalidad. El corolario de esta descripción es definirse a sí mismo como buen ciudadano, honesto, que ha trabajado y pagado impuestos toda la vida. Los relatos sobre los problemas de circulación y accesibilidad ocasionados por estos mercados se van a explicar en términos más generales, lo cual permite denunciar un atentado al derecho a la movilidad y la tranquilidad de los habitantes. Como los argumentos “domésticos” que definen el barrio como territorio privilegiado de los habitantes no se consideran legítimos y dan lugar de manera sistemática a acusaciones de racismo, se van a presentar en el escenario de la política local esencialmente en términos de desregulación del espacio público. El sentimiento de injusticia y abandono por parte de los poderes públicos que albergan los habitantes –“ya somos el barrio más pobre de París”– se convierte en una reivindicación de igualdad.

En el marco de los consejos de barrio, este ejercicio de elevación a asunto de interés general ha redefinido progresivamente el problema público de estos mercados en términos de ilegalidad, de obstáculo al derecho a la circulación y a la tranquilidad de los habitantes, de insalubridad y desigualdad de trato de los distintos barrios parisinos.

¿Quiénes son las víctimas? Una categorización ambigua

Las actas de los consejos de barrio de los distritos 10, 11, 19 y 20 y de los consejos de París⁷ dan testimonio de debates tumultuosos que se desencadenan periódicamente a propósito de estos mercadillos callejeros desde 2009. La inmensa mayoría de los concejales se ha dirigido a la Prefectura para exigir refuerzos policiales. En el escenario político, los

⁶ Palabras recogidas por un periodista en la web www.le75011.fr, ahora inactiva.

⁷ Véase <http://a06.apps.paris.fr>

mercados se presentaban como lugares de trapicheo y de actividades ilícitas que atentaban contra el derecho a la movilidad y la tranquilidad de los habitantes, como una ocupación ilegal del ámbito público, que ocasionaba una desregulación del espacio público y riesgos de salud pública en los barrios más pobres de la capital. Su definición como problema público, iniciada en el seno de las movilizaciones vecinales, se completó en este escenario para acabar así de transformar este fenómeno en una cuestión abstracta de principios generales, en cuyo nombre los concejales efectuaron demandas reiteradas de efectivos de policía. La presencia policial se vio reforzada periódicamente a petición de los alcaldes de distrito y de París en todos los sitios afectados desde 2009; se creó una Brigada Especializada sobre el Terreno en Belleville en enero de 2011 y se colocaron dispositivos disuasorios en las zonas donde esta actividad venía desarrollándose de manera habitual.

Los concejales también se referían a las situaciones de extrema pobreza que revelaba esta economía de residuos y a la miseria que visibilizaban estos mercados. En el curso de los debates del Consejo de París, también se definió a los vendedores como “víctimas”, de la crisis mundial, de políticas represivas en sus países de origen, de regímenes dictatoriales, de la guerra, etc.; pero la responsabilidad de las políticas migratorias y las políticas sociales se atribuía sistemáticamente al Estado. Conviene señalar que las deliberaciones de los concejales del Consejo de París dan lugar de manera sistemática a un debate sobre la necesidad de distinguir entre los “vendedores callejeros de buena fe y legítimos”, que hayan en esta actividad “un medio de subsistencia honesto”, y los vendedores de bienes robados y falsificaciones (Christian Sautter, deliberación del 3 de mayo de 2006), o entre los “*biffins*” y los “vendedores callejeros que venden objetos robados o incluso comida y medicamentos” (Anne Hidalgo, 3 de julio de 2008). Esta distinción entre “buenos” y “malos” se planteará con mucha rapidez en términos de oposición entre “los *biffins*, traperos” y los “vendedores callejeros” (Myriam El Khomri, 6 de septiembre de 2009). Pero esta distinción es insostenible desde un punto de vista empírico. La oportunidad que brindan estos mercados improvisados atrae indiscutiblemente a vendedores de falsificaciones y objetos sustraídos. Pero, como han mostrado diferentes estudios e investigaciones – encargadas por los poderes públicos—, lo esencial de esta economía se basa en la transformación de desechos en mercancías y la práctica totalidad de los vendedores vive por debajo del umbral de la pobreza. Estas puntualizaciones pueden entenderse como una manera de justificar que se opte por la represión.

Pero los habitantes que se movilizan contra estos mercados también usan con frecuencia este tipo de precauciones verbales: “no estamos en contra de los *biffins*, los de verdad, pero...”, “puede que entre ellos haya gente que está necesitada, pero...”, “no somos racistas, pero...”. Tanto unos como otros se encuentran, en efecto, en una posición que es difícil de sostener desde un punto de vista moral: la de culpar a las víctimas. Los discursos catastrofistas que dicen “esto va a acabar mal”, los enunciados que enmarcan

lo que se dice como una expresión de rabia, las descripciones de daños infligidos a personas mayores y niños tienen un carácter retórico cuyo objetivo es definirse como víctimas que sufren una situación fuera de lo normal (Bordreuil 2002). Pero la frontera es difícil de mantener. A algunas decenas de metros del espacio ocupado por los habitantes a la entrada del Paseo Binet en 2009, una abuela que venía de pasar allí la mañana me contó que su primer amor fue un *biffin* y que le encantaba el mundo de los mercados de pulgas, y que siempre había vivido cerca de uno. Se sentía mal ante las expresiones de odio de algunos vecinos, pero apoyaba la ocupación, porque el barrio se había vuelto insufrible desde que los “romá” y los “chinos” ponían tantos puestos. En Barbès una habitante de unos 40 años me confesaba haber llamado a la policía la víspera, superada por el ruido de las transacciones en la calle. Cuando la policía llegó un poco más tarde, su mirada se cruzó con la mirada de pánico de una joven africana que huía. Sintió su miedo y después no dejó de sentirse culpable por haber llamado a la policía, repitiendo una y otra vez hasta qué punto el ruido de la calle le había resultado insoportable. El comisario Clouzeau, a cargo de la comisaría del distrito 18 en 2011, me comentó la ambigüedad de algunos habitantes que reclaman intervenciones policiales al mismo tiempo que ayudan a las personas necesitadas que se refugian en el barrio (entrevista del 28 de junio de 2011).

Estas vacilaciones a la hora de categorizar, las precauciones retóricas y los testimonios de ambivalencia moral nos permiten captar las tensiones generadas por este intento de resolver una situación problemática excluyendo de lo común a población evidentemente frágil.

Inducción moral y preservación de valores en la acción

En el distrito 18 y en Belleville también hubo habitantes que optaron por movilizarse, no para que desaparecieran estos mercados, sino para permitir que los vendedores ejerciesen su actividad de manera digna. En el caso de la Porte Montmartre, surgió la asociación “Sálvese Quien Pueda” en 2006 a raíz de una reunión entre un conserje, consejero de distrito (concejal Verde), y algunos vendedores dispuestos a organizarse para cambiar las cosas. Respaldados desde 2007 por un comité de apoyo constituido por habitantes (miembros de agrupaciones de inquilinos, de asociaciones y del consejo de barrio), activistas (Derecho a la Vivienda, Verdes, Nuevo Partido Anticapitalista) y amantes de los mercadillos populares, se organizaron para luchar contra la represión policial y proponer diferentes escenarios de legalización.

Estos residentes también sufrían la expansión del mercado informal, les molestaban las aglomeraciones y la suciedad que generaba esta actividad, pero ante todo les “sublevaba” la visión de hombres y mujeres que rebuscaban en la basura para sobrevivir y a los que se perseguía como criminales. Un habitante de Belleville relataba lo siguiente en un debate denominado “Esto se desembala en Belleville”, organizado por la Maison du Bas Belleville en 2010:

“Yo soy habitante del barrio, vivo a 200 metros de aquí, y soy cliente ocasional e incluso habitual de los *biffins*. Hay varias cosas que se han dicho aquí que me parecen importantes, han dicho que esto planteaba varias cuestiones: la cuestión de la limpieza, de la convivencia o yo qué sé, de la seguridad. Se plantea un problema de seguridad, hay un verdadero problema de seguridad. A menudo estoy con mis hijos y cada vez con más frecuencia asisto a escenas verdaderamente increíbles, veo a ancianitos, madres de familia, romá, árabes o franceses, yo que sé, a quienes se agrede de manera increíble, a quienes pisotean sus cosas hombretones de agencias públicas o privadas de seguridad – ya no reconocemos el tipo de polis que hay, son muchos. Y flipo por los chavales que llegan a la calle y ven cómo esos hombretones tiran al suelo a una señora con niños y a la que pisotean sus cosas, es algo insoportable, desde el punto de vista de un habitante que necesita ofrecer un mínimo de decencia y de no-violencia a su familia, así que esto también es un problema que debe plantearse. Creo que es un problema que se plantean muchos habitantes, no todo el mundo de la misma manera, es decir, que la gente se siente hasta tal punto agredida por escenas como ésta que pueden reaccionar de maneras diferentes, se puede reaccionar intentando reflexionar sobre el origen de esto, se puede reaccionar insultando a unos u otros, al *biffin* o al poli, pero por mi parte les aseguro que veo esto todos los días....”

Para estos habitantes de la ciudad, que se movilizan para buscar una solución alternativa a la represión, lo intolerable es el recrudecimiento de la miseria y la “caza de los pobres” orquestada por los concejales. La mayoría cuenta haber tomado la decisión de movilizarse tras haber sido testigo de escenas de represión –calificadas como “insoportables”, “indecentes”, “alucinantes”—que les dejaron atónitos, o que les llevaron a interponerse de manera impulsiva entre los policías y los vendedores.

La indignación se apoya aquí en un sentimiento – físico, epidérmico—de humanidad común. Esta solidaridad reactiva se organiza, en primer lugar, sobre el resorte de una “inducción moral” (Simmel 1907). De entrada, estos habitantes no perciben a los vendedores como “extraños” – en el sentido de excluidos del mundo común—, están ante una situación en la que ellos también podrían estar. “En el fondo, todos tienen miedo de encontrarse en esa situación algún día, espejo terrible”, escribía Philippe, miembro del café asociativo de la Porte Montmartre.

El sentimiento de injusticia es otro resorte poderoso de compromiso: son “ancianitos”, “madres de familia”, “chavales” a quienes maltratan los agentes de las fuerzas del orden. La visión de personas vulnerables –que por lo general se benefician de una benevolencia excepcional en la regulación pública de la interacción—maltratadas por las fuerzas del orden se vive como una violencia inaceptable. Los valores del orden público entran aquí en contradicción con el orden institucional (Milliot y Tonnelat 2013). Por otro lado, les resulta insoportable ser testigos de lo que perciben como “una caza de los pobres”. El sentimiento de injusticia va unido aquí a un sentimiento de responsabilidad en la proximidad.

Podríamos hablar de “choque moral” en el sentido de James M. Jasper (1998). Con este término se refiere a experiencias sociales caracterizadas por ser resultado de la introducción de un cambio en el entorno cotidiano, que se experimenta física y emocionalmente, y que conducen al individuo que se enfrenta a ellas a juzgar la

discrepancia entre lo que se manifiesta y los valores albergados, y a implicarse en la acción. Pero considero importante insistir en el hecho de que es la experiencia de lo inaceptable lo que lleva a estos habitantes a cuestionar la justicia y a actuar, y que no son sólo los principios de justicia los que conducen a indignarse con lo que sucede.

¿Cómo entender estas formas diferentes de reaccionar de los habitantes? Quienes votaron en abril de 2006 en el consejo de barrio de la Porte Montmartre a favor de regularizar la actividad de los *biffins* coincidían en considerarlos una “pobre gente” que trataba de salir adelante con dignidad. Tenían trayectorias y perfiles sociales muy distintos. Algunos habían trabajado duro toda su vida, eran beneficiarios de pequeñas pensiones o de salarios modestos y reconocían en los *biffins* valores de coraje y de ingenio que compartían. Otros eran asiduos a los mercadillos informales, clientes o vendedores ocasionales. Sentían apego por la sociabilidad pública de estos mercados en la que participaban. Entre los miembros del comité de apoyo de Sálvese Quien Pueda, también se encontraba “gente un tanto intelectualizada” (según la expresión del fundador del colectivo) que defendía la causa de los sin-techo o los proletarios, que luchaba contra la sociedad de consumo o militaba a favor de la autogestión a través de los *biffins*. Su compromiso no se basaba en el conocimiento subjetivo de estos mundos ni en el reconocimiento de valores comunes en los vendedores, sino en otorgar valor a esta actividad –como modo de reciclaje o forma de autogestión. Los resortes de la movilización de los habitantes comprometidos con los *biffins* eran diversos, pero estas acciones colectivas suponían para todos una manera de cultivar valores que apreciaban.

La definición de estos mercados como bien común

Durante dos años, *biffins* de la Porte Montmartre, habitantes y miembros del comité de apoyo se estuvieron reuniendo cada semana para imaginar posibles escenarios de legalización del mercado y para organizar su movilización contra la represión. Las discusiones y debates de este colectivo variopinto permitieron llevar a cabo otra labor de conversión y de elevación a asunto de interés general.

Una de las tareas iniciales del colectivo consistió en distanciarse de la categoría de “mercado de ladrones” que vertebraba los discursos públicos. Indagaron en la historia de los mercados de Pulgas y optaron por la denominación de “*biffins*”. Este término, que ignoraban todos los vendedores informales de Port Montmartre antes de que fuese rescatado por los miembros del comité de apoyo, permitía construir una continuidad histórica y una identidad de experiencias, más allá de los diferentes orígenes, con las personas mayores del barrio, que habían conocido el universo de la trapería sobre el que se fundaron los mercados de Pulgas. Abría un espacio donde vendedores y habitantes podían identificarse con valores compartidos como el ingenio para salir adelante, la autonomía gracias al trabajo o la lucha contra el despilfarro. Permitía revalorizar la actividad de estos recicladores invisibilizados tras la imagen de “mercado de ladrones”.

Después se esforzaron en revalorizar la actividad de los vendedores en términos de ética ecológica. “La grandeza del *biffin* es el reciclaje” podía leerse en las pancartas de Sálvese Quien Pueda. De este modo, Los Verdes fueron los primeros en defender la causa de los *biffins* y en llevar al ámbito municipal proyectos basados en una percepción distinta de la situación: “Y decíamos que es una actividad que en el fondo es sana porque esta gente recicla, reutiliza, desde este punto de vista, a nosotros, como ecologistas, eso nos gustaba mucho, las cosas no iban a la basura; en segundo lugar, a esta gente eso les da una actividad y por tanto dignidad económica [...]” (Entrevista con Pascal Julien, concejal verde del distrito 18, mayo 2010). La utilidad ecológica de esta actividad y el derecho al trabajo para todos son los dos principales argumentos en cuyo nombre se han movilizadas las asociaciones de apoyo a los *biffins* hasta la actualidad⁸.

Dieron la vuelta al argumento de la ilegalidad al denunciar la requisa ilegal de las mercancías, sin levantar acta, por parte de los policías. Denunciaron el absurdo moral consistente en poner repetidas multas a personas en situación de gran precariedad, y la aberración económica que representaba el alquiler costoso a una empresa privada (SITA) de un contenedor para destruir los objetos.

Sobre el terreno, los miembros de la asociación se pusieron manos a la obra para movilizar y organizar a los vendedores, contactar con los habitantes y hallar soluciones pragmáticas a los problemas de limpieza y accesibilidad planteados por estos últimos.

Se aseguraban de contar con cobertura mediática cada vez que se manifestaban, acogían y guiaban a los periodistas en el terreno. “Los programas de tele, radio, los artículos de prensa han tenido mucho impacto”, me confesaba uno de los miembros de la asociación.

Al cabo de dos años de movilización, los concejales del distrito 18 aceptaron por fin contemplar escenarios para la legalización de esta actividad. En octubre de 2009, se abrió bajo el puente de la Porte Montmartre un “recinto de los *biffins*”, pensado como “espacio de acompañamiento social innovador” supervisado por trabajadores sociales. Este reconocimiento parcial y restringido a 100 puestos para más de 3000 personas desplazó el problema más que solucionarlo (sobre los malentendidos y conflictos que fueron unidos al establecimientos de este espacio véase Milliot 2016a).

Conclusiones

Los mercados informales de recuperación que surgieron en el nordeste de París a partir de 2009 suponen una prueba incuestionable para sus vecinos. En este artículo se ha realizado un seguimiento y análisis de las reacciones emocionales de los habitantes y del ejercicio de elaboración descriptiva y categorial que realizan los colectivos que se constituyeron para hacer frente a este fenómeno. Como hemos visto, primero

⁸ Sobre todo la asociación Amélior que ha tomado el relevo a Sálvese-quien-Pueda.

reaccionaron de manera individual con estupor, de modo introvertido –la indignación silenciosa– o impulsivo –el rechazo. No fue hasta después que los habitantes transformaron estos sentimientos reactivos en emoción colectiva a través de descripciones compartidas de la situación. El sentimiento de un “nosotros” se focalizó en la prueba común a la que se enfrentaban y los criterios compartidos con los que se evaluaba el fenómeno. Esto dio lugar a los dos tipos de movilizaciones por parte de los habitantes que he descrito.

La primera, muy mayoritaria, se apoyó en el miedo compartido ante lo que experimentaban como una invasión y que se expresó, al principio, en términos de denuncia de una suciedad atribuida a algunas categorías étnicas (los “romá” y “los chinos”). Fue más adelante cuando estos colectivos redefinieron la situación como problema público para dirigirse a los concejales, lo cual fue unido a una labor de categorización que desembocó en la conversión del fenómeno en un asunto de interés general, donde se apelaba a principios generales para justificar su abordaje de manera policial. Sin embargo, como hemos visto, conviene señalar la vacilación a la hora de realizar esa categorización y los testimonios de ambivalencia moral tanto por parte de los colectivos vecinales como de los consejos de barrio, lo cual muestra las tensiones producidas por un intento de resolver la situación que, en definitiva, conlleva excluir de lo común a población vulnerable.

La segunda movilización estaba formada por colectivos de habitantes que se organizaron contra la represión de los vendedores informales. Las emociones colectivas que compartían manifestaban una evaluación muy diferente de la situación. Su indignación se apoyaba en el sentimiento de una humanidad común y un sentimiento de injusticia y responsabilidad en la proximidad. Su percepción se apoyaba en el reconocimiento de valores compartidos con los vendedores o en la experiencia de la sociabilidad de estos mercados o incluso en atribuir valor a esta actividad en relación al proyecto político –ecológico o anarquista– que defendían. Para defender la causa de los vendedores, emprendieron la labor de dar la vuelta al estigma y poner en valor esta actividad; para ello defendieron la utilidad ecológica de la misma y el derecho al trabajo para todos en el ámbito político municipal.

Algunos analistas apresurados podrían tener la tentación de reducir estas movilizaciones a una reacción de “gentrificadores” frente a la ocupación popular de la calle y analizar estos conflictos de urbanidad como un primer frente de los conflictos de clase contemporáneos. Pero este modelo de análisis no resiste el examen. Los habitantes que apoyaban a los *biffins* y quienes deseaban la desaparición de los mercados de Porte Montmartre pertenecían a las mismas clases populares. Había habitantes precarios que expresaban su miedo a verse desclasados por esta cercanía a la miseria, otros conseguían ponerse en el lugar de los vendedores debido precisamente a que sufrían esta misma precariedad. Tanto en uno como en otro bando había habitantes más “dotados socialmente”: algunos afirmaban que su bien inmobiliario corría el riesgo de perder

valor, otros que no se podía permitir que se pisoteara el ideal humanista republicano sin reaccionar. Por otro lado, si tenemos en cuenta, no sólo a quienes ejercen de portavoces de los habitantes, sino también a quienes actúan de manera menos visible, apoyan en silencio a quienes se expresan públicamente o ayudan sin decir nada a quienes acabaron varados en la calle, constatamos que hay una gran variedad de perfiles sociales en ambos “bandos”. Aunque en torno a estos mercados encontramos habitantes que se implican de manera muy polarizada, con o contra los vendedores, estas diferencias no pueden explicarse totalmente por las posiciones sociales de los vecinos.

Lo que considero relevante señalar, desde un punto de vista antropológico, son las tensiones, oscilaciones y ambivalencias morales expresadas por los vecinos. Estamos ante las tensiones propias de la urbanidad y es en torno a esta cuestión donde querría concluir. La experiencia urbana es específica porque plantea y replantea cada día de manera concreta a sus habitantes la cuestión del umbral y lo común: “podríamos resumir el planteamiento de Simmel diciendo que la asistencia pública es un asunto de Estado siempre y cuando se especifique que no es sólo un asunto gubernamental, sino una cuestión política, que se inscribe en la experiencia común de la interacción con los pobres y cuyo resorte, la inducción moral, perfila una comunidad que no se limita a un territorio y que se amplía sin cesar” (Joseph 2005, 16). Este desafío moral se ha acentuado en la actualidad debido al volumen creciente de naufragos de la globalización que luchan por satisfacer las necesidades de subsistencia, buscan refugio en los huecos de la ciudad y transforman la ecología de algunos barrios. Los compromisos contradictorios y ambivalentes de los habitantes de la ciudad muestran la vulnerabilidad de este orden urbano y la exigencia moral de este modo de vida. La cuestión de la ampliación potencial de la comunidad a los “extraños” –en el sentido de Simmel– se plantea cotidianamente, y especialmente, a quienes residen aquí. Es en este sentido que podemos considerar, como Isaac Joseph (1998), la ciudad como un laboratorio de democracia, no como ideal político sino, siguiendo a Dewey, como modo de vida, desafíos cotidianos y tensiones morales.

Referencias bibliográficas

- Bordreuil, Jean-Samuel. 2002. “La construction de l’incivilité comme cause publique. Pour une intelligence des interactions civiles”. En *L’héritage du pragmatisme, Conflits d’urbanité et épreuves de civisme*, editado por Daniel Cefaï y Isaac Joseph, 301-318. París: Éditions de l’Aube.
- Brévigliéri, Marc. 2002. “L’horizon de ne plus habiter et l’absence de maintien de soi en public”. En *L’héritage du pragmatisme. Conflits d’urbanité et épreuves du civisme*, editado por Daniel Cefaï y Isaac Joseph, 319-336. París: Éditions de l’Aube.
- Brévigliéri, Marc y Trom, Danny. 2003. “Troubles et tension en milieu urbain. Les épreuves citadines et habitantes de la ville”. En *Le sens du public. Publics politiques*,

- publics médiatiques*, editado por Daniel Cefaï y Dominique Pasquier, 399-416. París: PUF. <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00805315>
- Dewey, John. 1993, 1967 *Logique. Théorie de l'enquête*. París: PUF.
- Dewey, John. 2011. *La formation des valeurs*. París: La Découverte.
- Douglas, Mary. 2001. *De la souillure*. París: La Découverte.
- Geertz, Clifford. 1998. "La description dense: vers une théorie interprétative de la culture". *Enquêtes*, 6: 73-105.
- Geertz, Clifford. 2003. *Le souk de Sefrou. Sur l'économie de bazar*. París: Bouchène.
- Gimel, Josué y Milliot, Virginie. 2019. "Au marché des conversations anonymes: parler de soi en exil". *Sigila* 43: 87-96. <https://doi.org/10.3917/sigila.043.0087>
- Jasper, James M.. 1998. "The Emotions of Protest: Affective and reactive Emotions in and around Social Movements". *Sociological Forum* 3 (13): 397-424. DOI:10.1023/A:1022175308081
- Jolé, Michèle 1991. "Gérer ses résidus en public. R'Bati, Slaoui et habitants de Temara aux prises avec leurs déchets". *Les Annales de la recherche urbaine* 53: 32-39. DOI: <https://doi.org/10.3406/aru.1991.1635>
- Joseph, Isaac. 1995. *Reprendre la rue. Prendre place. Espace public et culture dramatique*. París: Plan Urbain, Edition Recherches.
- Joseph, Isaac. 1998. *La ville sans qualité*. París: Éditions de l'Aube.
- Joseph, Isaac. 2002. "Le nomade, la gare et la maison vue de toutes parts". *Communications* 1 (73): 149-162. <https://doi.org/10.3406/comm.2002.2117>
- Joseph, Isaac. 2005. "Aspects cosmopolitiques de l'errance urbaine: l'ethnographie des SDF". *Tumultes* 24: 111-143. DOI 10.3917/tumu.024.0111
- Milliot, Virginie. 2013. "Indignations et mobilisations autour des marchés de la pauvreté à Paris". *Annales de la recherche urbaine*, 108: 117-127. DOI: 10.3406/aru.2013.3212
- Milliot, Virginie. 2016a. "Petites histoires de trottoirs. Les médiations du récit sur les marchés informels de Paris". En *Mises en intrigues « Rencontres Recherche et Création » du Festival d'Avignon*, editado por Catherine Courtet, Mireille Besson, Françoise Lavocat y Alain Viala. París: CNRS éditions, 163-183.
- Milliot, Virginie. 2016b. "Une intenable bureaucratie de la rue: les travailleurs sociaux face aux débordements des marchés informels". *Tsantsa*, 21: 38-50.
- Milliot, Virginie. 2017. "Les épreuves morales de l'urbanité. Les riverains face aux naufragés de la mondialisation". *Urbanités*, 8. <https://www.revue-urbanites.fr/8-les-epreuves-morales-de-lurbanite-les-riverains-face-aux-naufrages-de-la-mondialisation/>
- Milliot, Virginie y Tonnelat, Stéphane. 2013. "Contentious Policing in Paris. The street as space for emotional public solidarity". En *Policing Cities : Urban Securization and Regulation in a 21^e Century World*, editado por Randy K. Lippert and Kevin Walby, 191-204. Londres: Routledge.

- Quéré, Louis. 2015. "Natures et formes de l'émotion collective". *Occasional Paper 32*, Paris, Institut Marcel Mauss, CEMS, EHESS.
http://cems.ehess.fr/docannexe/file/3689/op32_louis_quere.pdf
- Simmel, Georg. 1998, 1907. "Les pauvres". En *Sociologie*. Paris: PUF.
- Stavo-Debaugue, Joan. 2012. "Des événements difficiles à encaisser. Un pragmatisme pessimiste". En *L'expérience des problèmes publics*, 191-223. Paris: Éditions de l'EHESS.

© Copyright: Virginie Milliot, 2022.

© Copyright de la edición: *Scripta Nova*, 2022.

Ficha bibliográfica:

MILLIOT, Virginie. Convivencia, desafíos cotidianos y tensiones morales en torno a los mercados informales parisinos. Una aportación etnográfica *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Barcelona: Universitat de Barcelona, vol. 26, Núm. 4 (2022), p. 59-75 [ISSN: 1138-9788]

DOI: 10.1344/sn2022.26.40117